

RECOLECTAR LOS RETAZOS DE UN MOMENTO. COMENTARIOS A LA PUBLICACIÓN DE “SEMINARIO: AMÉRICA 2941”

Alejandro Tapia San Martín

Hace más de 15 años, viernes por medio, se realiza el Seminario Central de Investigación del Instituto de Arte de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, dirigido por el filósofo Pablo Oyarzún. El año 2010, el Seminario se desarrolló bajo el título *2941: Pasajes, vestigios y transiciones de América*, versión que, de algún modo, sirvió también para homenajear la memoria del profesor Leonidas Emilfork. La revista “Seminario: América 2941” (Ediciones del Instituto de Arte de la PUCV, Viña del Mar, 2012) es la compilación de buena parte de las presentaciones que se realizaron en dicho contexto.

En tanto *corpus* editorial, “América 2941” constituye un intento de pensar América, pero ya no desde el esencialismo ficcional de lo autóctono, sino a partir de aquel difuso e interminable juego especular y especulativo que, si bien permite la emergencia de una identidad posible, debe siempre reconocer que ella no habrá de perdurar más que un *momento*.

*

Quisiera comenzar refiriéndome al texto que abre esta publicación, “Memoria, momento y lágrimas. Una aproximación especulativa al problema de las singularidades latinoamericanas”, de Pablo Oyarzún. Este ensayo —en el más amplio sentido de la palabra— aborda el problema de cómo pensar la particularidad de lo americano por fuera de la imposición y el borramiento permanente que genera el advenir irrefrenable de lo *universal*. Para que algo *sea* singular e inteligible a la vez —explica Oyarzún— ese *algo* ha de perdurar un *momento* más que un simple instante puntual, ya que no es posible otorgar una identidad a una *cosa* que deja permanentemente de *ser*. Así, esa separación que permite la singularidad, requerirá a

su vez de la permanencia de la *cosa*, de manera que “en virtud de su presencia repetitiva se hagan legibles las trazas de su fisonomía susceptibles de ser recolectadas”¹. La identidad tendrá, entonces, como condición de posibilidad a la *continuidad*, y esta última demandará de nosotros —en cuanto cognoscentes— una receptividad particular: la *memoria*. Por lo tanto, pensar en la posible *persistencia* —tanto la que “permanece” como la que se “obstina” y la que “porfía”— de las singularidades americanas requiere, a su vez, problematizar el rol que en relación con ellas juega la memoria.

De manera casi tangencial, André Menard en el texto “Destinos del archivo mapuche y escándalos del reducto”, problematiza la posibilidad cierta de que toda representación, generada a partir de archivos, pueda advenir como un simulacro que, junto con “eclipsar la verdadera identidad”, sea también capaz de configurar y fijar el relato de un pasado jamás acontecido —tal como ocurre con aquella *story* que es siempre la Historia oficial.

Forzando un poco las cosas, me permitiré decir que el texto de Federico Galende “Borges y el color local”, encuentra un elemento común con el de Menard, en el hecho de que en ambos, lo que está implicado es la figura del *otro*: la construcción archivística de la alteridad en Menard; la forma en que se experimenta la *aparición* y el *re-conocimiento* del *otro*, en Galende.

*

La segunda parte de “América 2941”, titulada “Reproducciones”, comienza con el notable ensayo de Constanza Acuña “El Narciso de Marcos Zapata y el mito de la reproducción en la pintura colonial”. El trabajo de Zapata sirve a Acuña para indagar acerca de “las consecuencias teóricas e históricas que tuvo para los artistas americanos el hecho de que sus imágenes se hicieran a partir de una combinación ecléctica y anacrónica de modelos europeos”. Su hipótesis propone que los sistemas técnicos que llegaron al nuevo mundo —el grabado y la imprenta— habrían hecho que las reproducciones de obras provenientes de Europa necesariamente resultaran en algo distintos del original, por lo que no sería correcto hablar propiamente de un carácter meramente re-productor en la pintura cuzqueña, sino que, más bien, ésta se habría caracterizado por llevar a cabo una labor de re-construcción y re-creación. De hecho —escribe Acuña— “los artistas coloniales más que repetir, tuvieron que ejercitarse en la tarea de re-construir sus modelos (traducir el blanco y negro de los grabados a los colores locales, cambiar los vestuarios y las fisonomías de los personajes, traducir paisajes venecianos o flamencos a la geografía andina)”.

La preocupación por las labores de traducción, reproducción y re-construcción propias del arte americano y, más aún, del establecimiento de la propia *imagen*

¹ Todos los pasajes citados pertenecen a la publicación reseñada; en consideración al lector, omitiremos la reiteración constante de este dato.

de América, fueron temas abordados por Josefina de la Maza y Paz López en sus respectivas presentaciones.

En “Al pueblo americano. La alegoría de América en los tiempos de la independencia”, De la Maza analiza la representación alegórica de América a partir del frontispicio de dos revistas, “La biblioteca americana” (1823) y “El Repertorio americano” (1826), ambas editadas en Londres por Andrés Bello y Juan García del Río. De la Maza explica que en dicha imagen podría reconocerse el “paradigma visual del período de la independencia”, tensionado por la tarea de re-inventar la imagen de una América que luchaba por re-presentarse a sí misma, y que al mismo tiempo no llegaba a abandonar enteramente la herencia cultural y política del período colonial.

La misma preocupación por el modo en que el *espacio* europeo ha influido sobre el nuestro, está presente en el texto de Paz López, “Modernización y Supervivencia. Notas sobre dos tiempos en un fragmento de Ronald Kay”. En él, López se hace cargo de desarrollar las tesis propuestas por Kay en “La reproducción del nuevo mundo”. Reflexionando acerca del carácter heterónimo de los *modos de ver* en América, López —que también refiere a una temática afín a la preocupación neo-colonial que ocupa a De la Maza— centra su indagación en la especificidad del espacio visual americano y de su campo picto-gráfico.

*

La tercera parte de esta publicación lleva por título “Trazas”, y comienza con un breve ensayo del poeta Virgilio Rodríguez, titulado “El abismo de la memoria”. En él, Rodríguez busca tender un puente hacia aquel lugar donde el recuerdo no hace más que ocultar un espacio vacío que sólo puede ocupar la memoria, la que precisamente en su habitar traza las huellas que nos dirigen hacia aquellas “antiguas instituciones surgidas en América [las] que tal vez, por no haber llegado a plenitud, como todo lo sucedido en cualquier pasado, estén pendientes en un futuro de ese pasado no realizado aún”.

La ponencia “Leonidas Emilfork. Y el desplazamiento de la escritura en la conquista de México” de Enrique Morales se ocupa precisamente de comentar uno de los libros de Emilfork, *La conquista de México: ensayo de poética americana* (Ediciones Universitarias, 1987). En su presentación, Morales señala como “primera imagen de la conquista” el “conflicto entre una máquina llamada escritura, representada en el cuerpo del ejército español, y una fuerza que se le opone: la fuerza poética del mito”. Este conflicto entre conquistador y conquistado significó —en la lectura que Morales hace de Emilfork- el triunfo de la escritura por sobre el imaginario mito-poético americano. Pero también deja en claro que el avance de ese “ejército de la escritura” no se realizó sobre una página en blanco, así como tampoco su marcha imparable conllevó el borramiento de todo aquello que existía hasta antes de la invención del nuevo mundo. La conquista colonial —junto a los

modos de ver, escribir y pensar que ella se encargó de enquistar— fue también el comienzo de la incesante “destrucción-construcción de América”, proceso en el que permanentemente fueron reutilizados los escombros resultantes de la destrucción. Razón que explicaría por qué la imagen occidental ha resultado siempre modificada, desplazada, reajustada, introducida bajo presión para lograr encajar en los márgenes particulares de América.

“Hablar por la boca muerta. *Canto General* de Pablo Neruda”, fue el título que los editores dieron a la presentación que realizó el poeta Raúl Zurita. Si el texto de Morales sostenía que el ejército del lenguaje español se había impuesto sobre el mito y la poesía americana, la tesis de Zurita sostendrá que será también la propia poesía la que habrá de reconciliarnos con aquella lengua extranjera con la que “los hispanoparlantes de estas tierras no guardamos una relación de absoluta naturalidad”. La posibilidad de esa reconciliación Zurita dice haberla visto concretada en el *Canto General* de Neruda, y más específicamente en las “Alturas de Machu Picchu”, poema que para él constituiría “el esplendor de una lengua que se celebra a sí misma porque se ha reconciliado con sus hablantes”.

Por su parte, Ernesto Rodríguez se encarga de re-marcar que la lengua hispánica no es coextensiva con el territorio americano, ya que ella encuentra, dentro del suelo continental, su límite más radical en relación con la lengua y la cultura anglo-americana de los Estados Unidos. En la exposición “Una torpeza elocuente. *Moby Dick* de Herman Melville”, Rodríguez sostiene que América es el territorio de lo “abierto, lo no acotado, lo más cercano a lo inmenso, lo apenas tocado en sus bordes, lo siempre inacabado”; aquello que carece de medida, y por lo tanto, “lo absolutamente abierto”. Y es precisamente en esta apertura y *espacialidad* que América, aún en su permanente condición de subalternidad, ha logrado re-constituir su propio imaginario (aunque éste jamás llegue a ser más que un *pasaje* o apenas la frágil perdurabilidad de un momento —como diría Oyarzún).

Finalmente, la artista Nury González en “Acontecimientos que marcan una vida. Cada trabajo una pequeña historia” —texto que cierra “América 2941”— deja formulada una imagen de América que más bien se nos presenta como un desafío constantemente pendiente de abordar: “hay algo que no nos pertenece —escribe González— e invariablemente estamos armándonos una historia con retazos de todos lados. Hay que descubrir cuánto es de acá y cuánto es de allá”.

Precisamente, en esta labor de recolección y reunión de *retazos* es que “Seminario: América 2941”, primera publicación del Seminario de Investigación del Instituto de Arte de Viña del Mar, encuentra su mérito principal.